



Agusto D'Halmar

JUAN FRANCISCO (1)

INDUDABLEMENTE una gran patria es la mitad de una gran gloria; pero también las patrias chicas pueden otorgársela a quienes coincidan con sus aficiones y con las actividades de su desenvolvimiento.

El error de Juan Francisco González, no estriba, pues, en ser chileno, sino en haber vegetado, culminando como pintor, allí mismo donde hubiera podido prosperar como mediocre futbolista, boxeador, o agente de cambio. Ya don Pedro Montt, de grata memoria, manifestó, siendo Presidente, que la República no necesitaba pensionar artistas en el extranjero, por cuanto el arte le venía hecho de fuera, sino industriales que propulsasen sus recursos propios. Las artes, en un medio así, quedan incluídas entre las labores de mano y una madre de familia puede decir en Chile, que la repostería no tiene secretos para sus hijas casaderas y que, *además*, ya han dado «pintura final».

A Juan Francisco le cupo hacer de Quijote en esa Mancha original e indeleble de nuestros pecados, mientras otros más Andantes de pie o con menos Caballe-

(1) Este artículo fué escrito por D'Halmar para un homenaje que se pensó rendir, en vida, al gran pintor González. Por supuesto, el homenaje no se realizó y ahora que la muerte lo ha levantado de la postración con que el ambiente aplasta a casi todos los artistas en estas tierras, publicamos, gracias a la gentileza de un amigo, las bellas palabras del grande y desencantado artista D'Halmar, consagradas a Juan F. González.—(N. de la R.)

rías que él en los cascos, íbamos a bregar desde lejos por la ingrata Dulcinea. El ha sido el que ha cobrado paladinamente los estacazos en tan desafortada, descomunal y sobre todo desigual contienda. El el que ha tenido que habérselas cara a cara, mano a mano y pecho a pecho con el Vizcaíno y con los Yagüeses, con los Galeotes, con el Bachiller, el Barbero, el Cura, el Ama y la Sobrina y se ha «topado con la Iglesia». ¡Pobre mi Ingenioso Hidalgo, sin Sancho, ni Bálsamo de Fierabrás que le valiera, y cuán mal parado, maltrecho e incorregible salió siempre de sus desventuradas aventuras y cuántas veces no mordió el polvo de su Tierra Nativa, sin por eso dejar de proclamarla quijotesca-mente como su Dama.

Hoy, cuando apenas si se tiene sobre ese Rocinante del cual no le apeará sino la Muerte, cuando ya no puede romper lanzas contra Encantadores y encantamientos, follones y malandrines, surge, si sé en quién, secundada por no sé quiénes, la peregrina idea de enaltecerle. No serán seguramente los Duques, ni Gobernadores de esas ínsulas Baratarias o Desbaratarias, quienes presidan festejos en honor suyo, sino unos cuantos desfacedores, como él, de entuertos, obstinados jardineros de margaritas en porquerizas. ¡Mejor que así sea, porque ya que se le ha postergado en vida, hay que seguir siendo consecuente hasta que muera y... se le glorifique! Y yo, el expatriado y extranjerizado, si es que puede serlo quien se respañolizó, me adhiero de todo corazón, desde España, con el corazón de mi corazón, a esa apoteosis de ocaso y pienso que ha de lucir con los mil soles que el pintor trituró, amasó y mezcló en su paleta, para inmortalizar nuestros amanececes y nuestros crepúsculos; con los cien mil destellos que su pincel supo arrancarle a las ígneas y adamantinas nieves de los Andes, minas de pedrería, a las aguas de nuestros regatos, a nuestros bohíos, nuestros descampados y nuestras frondas, a «esos campos, ¡oh

patria! esas flores que tapizan tu suelo feraz» «y ese mar que tranquilo te baña y promete futuro esplendor», a cuanto alienta preñado de gérmenes bajo el martirio de la Cruz del Sur.

Si Enseñar es hacerlo con la obra y con el ejemplo, en el arte y en la vida, ¡qué maestro de desinterés no ha sido, para vosotros, para nosotros, este gran artista, genuinamente criollo, aunque sin la chocarrería ni la dinería criollas, pintando lo suyo, es decir, lo nuestro, y cómo nos ha demostrado que hay valores tal vez no cotizables, pero con los cuales seguramente no debe especularse! Los mal llamados hombres prácticos, podrían aprender de él, que para serlo verdaderamente hay que sacrificárselo todo al Ideal. Los patriotas profesionales, de él deberían también aprender a «hacer patria».

Porque Juan Francisco, que tanto ha fustigado nuestras flaquezas; que no ha cedido a ningún precio sus cuadros a beocios y filisteos que no merecían ni los marcos; que en la inauguración de un Salón Nacional, a cierto personaje oficial que le preguntaba ante la «Eva» de Nicanor Plaza, si era el «Giotto» de Lagarrigue, le replicó: «que en todo caso sería La Giotta»; que a alguien que hallaba excesivo el precio de una de sus «manchas», porque se la había visto pintar en diez minutos, le demostró que «no en diez minutos sino en cincuenta años de sacrificios y desvelos había llegado a pintar en diez minutos»; Juan Francisco, que de la levita gris del recoleto, pasó a la capa parda del franciscano, es de los pocos que han comprendido entre nosotros que la patria no es nuestra madre, sino hija de nuestras obras, de nuestro enconado y no ciego amor, y que el patriotismo no consiste en adularla, sino en corregirla y fortalecerla.

De este heroico modo, ¡claro! no se prospera; pero prospera el vivero que sustenta tales héroes, pecadores

de lesa patria, según los que la explotan. Y así debe procederse, pese a quien pese y pase lo que pase.

Lo que pasa, ya es sabido: una existencia como esta, de estrecheces y pruebas; lo que no pasa: una labor amplia de siembra y fruto.

¡Dios me coja sin confesión, en el mismo pecado, cuando suene a su vez mi Hora!

Madrid, Día de la Raza de 1929.